

JULIETA.- Si eso hiciera, mi confesión sería de más valor hecha en vuestra ausencia que en vuestra cara.

PARIS.- ¡Pobrecilla! ¡Tu cara está siendo víctima de tus lágrimas!

JULIETA.- Insignificante victoria han logrado con ellas las lágrimas, pues se hallaba bastante marchita antes de sentir sus huellas.

PARIS.- Más injuria le haces con tus palabras que con llanto.

JULIETA.- Lo que es verdad no es calumnia, caballero. Lo que digo, lo digo a mi cara.

PARIS.- Mía es tu cara, y la has calumniado.

JULIETA.- Podría ser, pues no me pertenece... ¿Tenéis que hacer ahora, buen padre, o volveré a la hora de víspera?

FRAY LORENZO.- Tengo ahora tiempo disponible, hija mía. Os rogamus, caballero, que nos dejéis solos unos instantes.

PARIS.- ¡Dios me libre de turbar la devoción!... Julieta, el jueves, de madrugada, iré a despertaros. ¡Adiós hasta entonces, y recibid este santo beso! (Sale.)

JULIETA.- ¡Oh, cierra la puerta y disponte luego a llevarme conmigo! ¡No hay remedio, esperanza ni socorro para mí!

FRAY LORENZO.- ¡Ah Julieta! ¡Comprendo tu dolor, que saca de tino! He sabido que el próximo jueves, y sin que nada pueda retardarlo, debes enlazarte con ese conde.

JULIETA.- ¡No me lo digas, padre, si no me dices cómo puedo evitarlo! ¡Si no hallas un remedio en tu sabiduría, aprueba, al menos mi determinación! ¡Y con esta daga acabaré inmediatamente con mi alma! Dios unió mi corazón al de Romeo cuando tú enlazaste nuestras manos; y antes que mi diestra, que tú sellaste para Romeo, sea el sello de otro contrato; antes que mi corazón sea desleal, este acero dará fin de una y otra vida. De modo que procúrame al momento un consejo nacido de tu larga experiencia, o, de lo contrario, entre mí y el rigor de mis penas decidirá la cuestión esta daga, sedienta de sangre, resolviendo lo que la autoridad de tus años y tu saber no

quieren llevar a honroso término. ¡No seas tan tardo en hablar! ¡Tárdame el morir, si lo que vas a expresar no habla de remedio!

FRAY LORENZO.- Detente, hija mía; vislumbro cierta esperanza; pero su solución es tan desesperada como desesperado es el mal que intentamos prevenir. Si tienes la suficiente fuerza de voluntad para quitarte la vida antes que casarte con Paris, quizá te arriesgaras a un simulacro de muerte para evitar tal deshonra, tú, que, para huir de ella, te lanzas a la muerte misma. Si a ello te atreves, yo te daré el remedio.

JULIETA.- ¡Oh! ¡Antes que casarme con Paris, mándame que me arroje desde lo alto de las almenas de un torreón, que marche por caminos infestados de ladrones, que me abrace a las ponzoñosas serpientes, que me encadene con los rugientes osos! ¡Enciérrame de noche en un osario, todo cubierto de crujiendo huesos de difuntos, de ennegrecidas tibias y de amarillentas calaveras descarnadas! ¡Entiérrame en una fosa recién cavada, o haz que me amortaje con un cadáver, cosas todas ellas que al oír las me aterrorizaban, y lo haré sin temor ni vacilación alguna, a cambio de vivir sin mancha como esposa de mi dulce amor!

FRAY LORENZO.- ¡Atiende, entonces! Marcha a tu casa; muéstrate alegre y consiente en casarte con Paris. Mañana, que es miércoles, te quedas por la noche sola en tu cuarto, procurando alejar a la nodriza. Cuando estés en el lecho, toma este pomito y bebe hasta la última gota de este destilado licor. Inmediatamente correrá por tus venas un humor frío y letárgico, que amortiguará tus alientos vitales. Cesará de latir tu pulso y quedará sin fuerza y sin calor. Tu vida parecerá acabada, y las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán hasta quedar pálidas como la ceniza. Se cerrarán las ventanas de tus ojos, como cuando los cierra la muerte a la luz de la vida. Tus miembros, privados de toda flexibilidad, se mostrarán yertos y rígidos como los de un cadáver. Todo patentizará que has muerto. Y en tal apariencia permanecerás cuarenta y dos horas, despertando después como de un ácido sueño. En la mañana del día señalado para tu boda, al ir a levantarte, te hallarán muerta en tu lecho. Entonces, como es costumbre en nuestro país, ataviada con tus mejores

galas y descubierta en el féretro, te conducirán a la anti-  
cripta donde reposa toda la familia de los Capuletos. En-  
tanto, y antes que tú despiertes, Romeo se informará por ca-  
tas mías de nuestro plan y vendrá. El y yo velaremos juntos  
tu despertar hasta que vuelvas a la vida, y aquella misma  
che Romeo te llevará a Mantua. Esto te librará de ese im-  
nente deshonor, si algún capricho efímero no abate tu valor  
en el momento más crítico.

JULIETA.- ¡Venga, venga! ¡Oh, no me hables de temor!

FRAY LORENZO.- ¡Toma, márchate y sé dichosa en tu res-  
cisión! Yo despacharé en seguida un monje a Mantua con carta  
para tu señor.

JULIETA.- ¡Amor, préstame fortaleza, y la fortaleza me  
dará remedio! ¡Adiós, querido padre! (Sale.)

## ESCENA II.

Sala en casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO, la NODRIZA y dos  
CRIADOS.

CAPULETO.- Invitad a todos los convidados aquí inscri-  
tos. (Sale el CRIADO 1.º) Pícaro, ve a ajustarme veinte  
expertos cocineros.

CRIADO 2.º.- No habrá ninguno malo, señor; pues yo averi-  
guaré si se chupan los dedos.

CAPULETO.- ¿Cómo puedes averiguarlo?

CRIADO 2.º.- A fe mía, señor, mal cocinero es aquel que  
no se chupa los dedos; de modo que el que no se chupe los  
dedos, no lo traigo.

CAPULETO.- Vete, márchate. (Sale el CRIADO 2.º) Esta  
vez nos va a pillar la fiesta muy desprevenidos. Que, ¿fue  
mi hija a ver a fray Lorenzo?

NODRIZA.- Sí, por cierto.

CAPULETO.- ¡Bien! Quizá él pueda hacer carrera de ella.  
¡Qué díscola y voluntariosa es la rapaza!

NODRIZA.- Miradla ahí, que llega de confesar con cara ri-  
sueña.

Entra JULIETA.

CAPULETO.- ¡Vamos a ver, testarudilla! ¿A dónde fuiste  
a corretear?

JULIETA.- A donde me enseñaron a arrepentirme del pecado  
de desobediente oposición a vuestros mandatos; y acudo aconse-  
jada por fray Lorenzo, a postrarme a vuestros pies y pedir os  
perdón. ¡Perdonadme, os suplico! De aquí en adelante me de-  
jaré guiar por vos.

CAPULETO.- ¡Id en busca del conde, informadle de esto!  
¡Mañana por la mañana tendré anunciado este lazo!

JULIETA.- Hallé al joven conde en la celda de fray Loren-  
zo y le ofrecí el afecto que buenamente podía ofrecerle sin  
rebasar los límites de la honestidad.

CAPULETO.- ¡Muy bien; me satisface! ¡Esto marcha admira-  
blemente! ¡Levántate! ¡La cosa va en toda regla! ¡Quiero  
ver al conde! ¡Sí, a fe mía; id, digo, y traedlo acá! ¡Aho-  
ra, juro a Dios que toda nuestra ciudad queda muy obligada a  
este reverendo y santo monje!

JULIETA.- Nodriza, ¿quieres acompañarme a mi gabinete pa-  
ra ayudarme a elegir aquellos indispensables atavíos que  
creas convenientes para engalanarme mañana?

LADY CAPULETO.- No, no es hasta el jueves; hay tiempo  
bastante.

razón!... ¡Detente, Teobaldo, detente!... ¡Romeo, Romeo!... ¡Voy a reunirme contigo! ¡He aquí el licor! ¡Lo bebo a tu salud!... (Cae sobre su lecho detrás de las cortinas.)

#### ESCENA IV.

Salón en casa de Capuleto.

Entran LADY CAPULETO y la NODRIZA.

LADY CAPULETO.- Oye: toma estas llaves y tráete más cosas, nodriza.

NODRIZA.- En la pastelería piden dátiles y membrillos.

Entra CAPULETO.

CAPULETO.- ¡Vamos, avivad, avivad, avivad! El gallo ha cantado ya por segunda vez y ha sonado la campana de la que. Son las tres. ¡Cuida de los pasteles, buena Angélica, y no repares en gastos!

NODRIZA.- ¡Idos, idos, señor cocinero! Si pasáis la noche en vela, de seguro que os sentiréis mal mañana.

CAPULETO.- ¡No, no, ni pizca! ¡Qué! Otras veces, sin causa alguna, he pasado en vela toda la noche, y nunca me sentí enfermo.

LADY CAPULETO.- ¡Sí; no erais mal cazador de aves nocturnas en vuestro tiempo! Pero ya os vigilaré yo para que no gáis ahora semejantes velas. (Salen LADY CAPULETO y la NODRIZA.)

CAPULETO.- ¡Celos, celos! ¡Eh! ¿Qué traes ahí, muchacho?

Entran tres o cuatro Criados, con asadores, leños y canastos.

CRIADO 1º.- ¡Cosas para la cocina, señor; pero no sé qué cosas son! (Sale el CRIADO 1º)

CAPULETO.- ¡Pues vivo, vivo; no te detengas!... ¡A ver, tú, picarón; anda a buscar troncos más secos! ¡Llama a Pedro, y él te dirá donde los hay!

CRIADO 2º.- Tengo yo una cabeza, señor, que sabré encontrar los troncos sin necesidad de molestar a Pedro. (Sale.)

CAPULETO.- ¡Por la misa, y que está bien dicho! ¡Un hideputa gracioso, eh! ¡Te crecerán troncos en la cabeza! ¡A fe mía, que apunta ya el alba y no tardará en llegar el conde con la música, según me prometió! (Música dentro.) ¡Oigo que se acerca! ¡Nodriza! ¡Esposa! ¿No oís? ¡Eh! ¡Qué! ¡No nodriza, digo!

Vuelve a entrar la NODRIZA.

Nodriza.- ¡Id a despertar a Julieta! ¡Id y engalanadla bien! Yo iré, entre tanto, a charlar con Paris. ¡Despachad, daos prisa, daos prisa, que ya está aquí el novio! ¡Daos prisa, digo! (Salen.)

#### ESCENA V.

Alcoba de Julieta.- Julieta, en su lecho.

Entra la NODRIZA.

NODRIZA.- ¡Señorita!... ¡Vamos, señorita!... ¡Julieta!... ¡Duerme como un tronco, no hay duda!... ¡Eh, corderita!... ¡Eh, señora!... ¡Vamos, perezosilla!... ¡Ea, prenda!... ¡Va-

ya, digo!... ¡Señora!... ¡Corazón mío!... ¡Vamos, señora no-  
via!... ¿Ni por esas?... ¿Ni una palabra?... Ahora está  
aprovechando un poco el sueño. ¡Dormid, dormid una semana se-  
guida, que la noche que viene no os dejará descansar mucho  
el conde de Paris!... Os lo aseguro. ¡Dios me perdone! ¡Ay  
sí; amén!... Pero ¡qué sueño más pesado!... ¡Nada, tendré  
que despertarla yo. ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Señorita!  
Sí; dejad que el conde os coja en la cama. ¡Menudo susto os  
va a dar! ¡A fe! ¿No es cierto? (*Descorriendo las corti-  
nas.*) ¡Cómo! ¡Engalanada y con el vestido puesto! ¡Vaya,  
vaya, os despertaré! (*Sacudiendo a JULIETA y después tomán-  
dola en brazos.*) ¡Señorita!... ¡Señorita!... ¡Señorita!...  
¡Ay!... ¡Ay!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡La señorita está muerta!  
¡Oh funesto día!... ¡Que haya yo nacido! ¡Ay! ¡Dame un  
poco de agua vitae! ¡Eh! ¡Señor! ¡Señora!

Entra LADY CAPULETO.

LADY CAPULETO.- ¿Qué ruido es ese?

NODRIZA.- ¡Oh día lamentable!

LADY CAPULETO.- Pero ¿qué pasa?

NODRIZA.- ¡Mirad, mirad! ¡Oh día aciago!

LADY CAPULETO.- ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Niña mía! ¡Mi  
única vida! ¡Revive, abre los ojos, o moriré contigo! ¡So-  
corro! ¡Socorro! ¡Pedid auxilio!

Entra CAPULETO.

CAPULETO.- ¡Qué vergüenza! ¡Qué salga Julieta! ¡Ha lle-  
gado su esposo!

NODRIZA.- ¡Ha muerto! ¡Está difunta! ¡Ha muerto! ¡Ay,  
qué día!

LADY CAPULETO.- ¡Ay, qué día! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!  
¡Ha muerto!

CAPULETO.- ¡Ah, dejadme verla! ¡Ay! ¡Desdichado de mí!  
¡Está fría! ¡No circula su sangre! ¡Sus miembros están rígi-  
dos! ¡La vida huyó hace tiempo de sus labios!... ¡La muerte  
ha caído sobre ella como intempestiva escarcha sobre la flor  
más galana de toda la pradera!

NODRIZA.- ¡Oh día lamentable!

LADY CAPULETO.- ¡Oh aciaga hora!

CAPULETO.- ¡La muerte, que me robó mi hija para hacerme  
gemir, ata mi lengua y no me deja hablar!

Entran FRAY LORENZO y PARIS, con Músicos.

FRAY LORENZO.- Vamos, ¿está ya dispuesta la novia para  
ir a la iglesia?

CAPULETO.- ¡Dispuesta para ir, pero jamás para volver!  
¡Oh hijo! ¡En la víspera de tus bodas, el fantasma de la muer-  
te ha dormido con tu esposa! ¡Mírala, ahí tendida, flor como  
era, por él desflorada! ¡Ese horrible fantasma es mi yerno,  
es mi heredero; con él se ha desposado mi hija! ¡Quiero morir  
y dejárselo todo; vida, hacienda, todo es de la muerte!

PARIS.- ¡Tan largo tiempo he esperado ver la cara de es-  
te día, para semejante espectáculo!...

LADY CAPULETO.- ¡Día maldito, cruel, luctuoso, execra-  
ble! ¡Hora la más fatal que viera el tiempo en el constante y  
sufrido trabajo de su peregrinación! ¡No tenía yo más que una  
niña, una niña tan solo, tan solo una amada niña, una criatu-  
ra que era mi alegría y mi consuelo, y la muerte despiadada  
se la ha llevado de mi vista!

NODRIZA.- ¡Oh dolor! ¡Oh día doloroso, doloroso, doloro-  
so! ¡El día más lamentable, el más doloroso que nunca, nunca  
presencié! ¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh día! ¡Oh odiado día! Jamás se  
vio un día tan negro como este. ¡Oh día de dolor! ¡Oh día de  
dolor!

PARIS.- ¡Destrozado, burlado, divorciado, abandonado, asesinado! ¡Oh muerte, mil veces detestable! ¡Burlado por ti! ¡Cruel! ¡Cruel! ¡Por ti aniquilado!... ¡Oh amor!... ¡Oh vida!... ¡No ya vida, sino amor en la muerte!...

CAPULETO.- ¡Mofado, angustiado, aborrecido, martirizado, muerto! ¡Tremendo instante! ¿Por qué viniste ahora a asesinar, a destrozarnos nuestra solemne fiesta? ¡Ah hija mía! ¡Oh hija mía! ¡Alma mía, y no hija mía! ¡Está muerta! ¡Ay! ¡Mi hija ha muerto, y con mi hija han fenecido todas mis alegrías!

FRAY LORENZO.- ¡Silencio, vaya! ¡Qué vergüenza! El remedio de este dolor no está en esos dolores. El Cielo tenía tanta parte como nosotros en esta hermosa doncella. La parte que os correspondía no pudisteis preservarla de la muerte, en tanto que el Cielo guarda la suya para la vida eterna. Vuestra ansia era su encumbramiento, pues hubiera constituido vuestra gloria el verla enaltecida. ¿Y ahora lloráis, viéndola exaltada sobre las nubes y encumbrada hasta el mismo Cielo? ¡Oh! En esto amáis tan mal a vuestra hija, que os enloquece el verla dichosa. La mejor esposa no es aquella que vive largo tiempo desposada, sino la desposada que muere siendo joven y en posesión de su bello cadáver; y, como es costumbre, conducido desposado a la iglesia, adornado con las mejores galas; que si la apasionada Naturaleza nos fuerza a lamentarnos, las lágrimas de la Naturaleza son escarnio de la razón.

CAPULETO.- ¡Todo aquello que dispusimos para la fiesta, desviándose de su oficio, sirva para el negro funeral! ¡Nuestros instrumentos, para melancólicas campanas; nuestro festín de bodas, para luctuoso banquete funerario; nuestros epitafios, para lúgubres endechas; nuestras flores nupciales, para guirnalda sobre la tumba, y todas las cosas se cambian en sus contrarias!

FRAY LORENZO.- Señor, retiraos, y vos señora marchad con él; e igualmente vos, sir Paris. Cada cual dispóngase a acompañar a su sepulcro a este bello cuerpo. Los cielos se os muestran ceñudos por alguna ofensa; no los irritéis más, contrariando sus altos designios. (Salen CAPULETO, LADY CAPULETO, PARIS y FRAY LORENZO, luego de echar romero sobre JULIETA y cerrar las cortinas.)

MUSICO 1.º- A fe que que podemos recoger nuestros instrumentos y largarnos con la música a otra parte.

MODRIZA.- ¡Ah, sí, sí! Recogedlos, buena gente; pues ya lo veis, este es un caso triste. (Salen.)

MUSICO 1.º- Por mi vida, que el caso no admite arreglo.

Entra PEDRO.

PEDRO.- ¡Músicos! ¡Oh músicos! <<La paz del corazón>>, <<La paz del corazón>>. ¡Si no queréis que muera, tocad <<La paz del corazón>>!

MUSICO 1.º- ¿Por qué <<La paz del corazón>>?

PEDRO.- ¡Oh músicos! Porque mi corazón toca por su parte: <<Mi corazón está lleno de dolor.>> ¡Oh! ¡Tocadme una endecha festiva para consolarme!

MUSICO 1.º- ¡Nada de endechas! ¡No es ahora ocasión de tocar!

PEDRO.- ¿Que no queréis?

MUSICO 1.º- ¡No!

PEDRO.- Pues, entonces, os la solfearé yo, y que será bien sonada.

MUSICO 1.º- ¿Qué nos vais a hacer sonar?

PEDRO.- ¡No será dinero, por mi fe, sino las costillas! ¡Yo os marcaré la trova!

MUSICO 2.º- Entonces nos daréis la entrada.

PEDRO.- ¡Con mi daga, que servirá de batuta. ¡A mí corcheas!... ¡Veréis modo de quedaros *re-la-mi-dos* y *resobados*! ¿Os dais cuenta?

MUSICO 1.º- Si nos lleváis el compás con la daga, seréis vos quien dará cuenta de nosotros.

MÚSICO 2º.- Por favor, envainad vuestra daga y desenvainad vuestra agudeza.

PEDRO.- ¡Entonces tened cuidado con mi agudeza! Pues os zurcirá mi ingenio, que es más agudo que mi daga. Contestadme como hombres:

Cuando el corazón manda dolores al Destino y pesares sin fin da a nuestro pensamiento,  
pues entonces la música, con su son argentino...

¿Por qué <<son argentino>>? ¿Por qué <<la música, con su son argentino>>? ¿Qué decís vos, Simón Bordón?

MÚSICO 1º.- Pues claro está, señor; porque la lata tiene un dulce sonido.

PEDRO.- ¡Muy bonito! ¿Qué decís vos, Hugo Rabel?

MÚSICO 2º.- Dice <<son argentino>> porque los músicos tan can por la plata.

PEDRO.- ¡Muy bonito también! ¡Y vos qué decís, Santiago Clavija?

MÚSICO 3º.- ¡Por vida de..., no sé qué decir!

PEDRO.- ¡Oh, perdonadme; sois el cantor! Yo lo diré por vos. Dice <<música, con su son argentino, porque los músicos no hacen sonar el oro:

Pues entonces la música, con su son argentino, pone eficaz ayuda calmando el sufrimiento.

(Sale.)

MÚSICO 1º.- ¡Vaya un truhán más sinvergüenza!

MÚSICO 2º.- ¡Mal rayo te parta, Jack! Venid entraremos por aquí, aguardaremos el fúnebre cortejo y nos quedamos a comer. (Salen.)

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

Mantua. Una calle.

Entra ROMEO.

ROMEO.- De creer en la adulatora visión del sueño, mis sueños presagian próximas y alegres noticias. El señor de mi pecho se halla plácidamente sentado en su trono, y durante todo el día una desusada animación me eleva por encima de la tierra con pensamientos acariciadores. Recuerdo que soñé que me había muerto (¡extraño sueño que concede a un muerto la facultad de pensar!) y que venía mi esposa e infundía con sus besos en mis labios una vida tan potente y deliciosa, que yo resucitaba y era emperador. ¡Ay de mí!... ¡Qué dulce no será la posesión del ser amado, cuando la sola sombra del amor es tan rica en los deleites!...

Entra BALTASAR con botas de montar.

¡Noticias de Verona! ¿Qué hay, Baltasar? ¿Traes alguna carta del fraile? ¿Está buena mi señora? ¿Sigue bien mi padre? ¿Cómo lo pasa mi Julieta? Te lo pregunto de nuevo, pues nada puede ir mal si ella está bien.

BALTASAR.- Ella no puede estar mejor; luego nada puede ir mal... ¡Su cuerpo descansa en el panteón de los Capuletos, y su parte inmortal mora con los ángeles! Yo mismo la he visto enterrar en la cripta de sus antepasados, y al punto tomé la posta para decíroslo. ¡Oh, perdonadme si os traigo noticias tan dolorosas, pues tal misión me confiasteis, señor!